

naciones bárbaras, y las reuniones de los Concilios generales, en los que se veían representados todos los pueblos, y que fueron un poderoso elemento de comunicacion de ideas y de intimidad de relaciones. La gran unidad de la Iglesia en medio de su catolicidad no podía ménos de estrechar entre sí á los pueblos en sus relaciones políticas como lo estaban ya con relaciones religiosas. Esta unidad de la Iglesia pasó á las sociedades civiles, vivificándolas con tendencias generosas. Desde que los pueblos se vieron encerrados en este lazo comun, debieron ser necesariamente unos con otros más humanos, debió modificarse el derecho internacional.

La accion de la Iglesia llegó sin violencia á este lisonjero resultado, reconocido y aceptado con mucho gusto por las naciones, que hicieron por consentimiento universal al Romano Pontífice árbitro de sus diferencias. Ninguno podía serlo mejor, pues sin meterse en el gobierno interior de los pueblos, ni en su derecho propio, respetando y sosteniendo sus costumbres é instituciones, era por su carácter de jefe de la Iglesia la representacion más augusta de Dios sobre la tierra, y el Padre de todos los católicos de cualquiera nacion y pueblo. A él se acudía para entrar en la gran familia de los Estados cristianos, y él lo concedía despues de un maduro exámen, elevando á la categoría de reinos á los pueblos nuevamente convertidos, ó que habían conseguido su independendencia. Así sucedió con la Hungría en 1073, con la Escocia en 1076, con la Polonia en 1080, con Portugal en 1142, y con Irlanda en 1156 (1). Se quería tambien que fuesen aprobados por el Papa los tratados.

La Iglesia no pudo, sin embargo, hacer que terminasen por completo las guerras, porque las pasiones exaltadas no reconocen ninguna ley, y muchas veces las naciones abusan de su fuerza por su interés particular. Cuando dos naciones vienen á las manos, no son precisamente dos fuer-

(1) Walter, párrafo 336, nota.

zas materiales que chocan. Si fuere así, no veríamos tanta actividad, tanta energía, tanto resentimiento por la injuria. Lo que combate son las pasiones, los intereses, las opiniones, hasta que, triunfando una de las partes, hace entrar á la otra en su razon.

Por eso subsistieron las guerras á pesar de la solicitud de la Iglesia por impedir las, ya predicando la paz y la fraternidad, ya enviando legados á los soberanos, ya interponiendo de mil modos su mediacion. Pero si no logró impedir las del todo, logró, sin embargo, hacerlas ménos frecuentes, y que á su declaracion precediesen muchas formalidades, para ver si entre tanto se avenian las partes, como sucedió algunas veces. Logró tambien disminuir los males que son inseparables de la guerra, prohibiendo usar armas demasiado mortíferas, moderando las ambiciones de los vencedores, protegiendo á los que no tomasen las armas, y, en una palabra, procurando que no fuesen sangrientas, sino humanas, en lo posible, y generosas.

«A esto debe añadirse la consideracion de que, abolida la esclavitud, había de suavizarse por necesidad el sistema de la guerra; porque si al enemigo no era lícito matarle una vez rendido, ni tampoco reducirle á esclavitud, no podía hacerse con él otra cosa que detenerle el tiempo necesario para que no pudiese hacer daño, ó hasta que se recibiese por él la compensacion correspondiente. Hé aquí el sistema moderno, que consiste en retener los prisioneros hasta que se haya terminado la guerra ó verificado un canje.»

Por último, jamás reconoció la Iglesia en absoluto el derecho de conquistas, con lo cual puso un freno á la ambicion de los Estados poderosos, y aseguró la independendencia y conservacion de los Estados pequeños. Estos tienen los mismos derechos de soberanía que los reinos más dilatados, á la manera que en la sociedad el hombre débil ó pobre tiene los mismos derechos que el fuerte y el poderoso. Cuando una nacion invade injustamente á otra más débil, deben impedirlo las otras. En nuestros dias ha condenado la Iglesia el absurdo principio llamado de *no intervencion*, que deja los pequeños Estados á merced de la rapacidad de un

conquistador poderoso. ¿No es este principio una mengua de la tan decantada civilización moderna?

Concluiremos, pues, con Montesquieu, que «debemos al cristianismo un cierto derecho político, y en la guerra un cierto derecho de gentes que la naturaleza humana nunca podría agradecer como es debido. Su derecho es el que hace que la victoria entre nosotros deje á los pueblos vencidos estas grandes cosas: la vida, la libertad, las leyes y los bienes, y siempre la religion, cuando el vencedor no se obceca» (1).

Lo dicho se confirmará más todavía examinando la cuestion de la guerra bajo el punto de vista católico, protestante é indiferentista.

§ V.—*La guerra bajo el punto de vista católico.—Las cruzadas. Las Ordenes militares.*

Dejamos á los moralistas la cuestion sobre el derecho de la guerra, los casos en que es lícita, las condiciones que para ello ha de tener, y los deberes de los beligerantes (2). Omitimos tambien hacer largas reflexiones para condenar y reprobar, como se merece, esta calamidad origen de tantos males, que ha sido llamada con razon el *azote de las naciones*: lo cual es conforme á la mente de la Sagrada Escritura, que repetidas veces presenta la guerra y sus consecuencias como un castigo de Dios.

Segun nuestro propósito, consideramos únicamente la

(1) *Esprit des lois*, lib. 24, cap. 3.º

(2) Para que la guerra sea justa, se requiere que la *causa sea justa y grave*, que se hayan agotado todos los medios de composicion pacífica, que sea *previamente declarada*, que sea ordenada por la *autoridad pública*, y que se haga con *lealtad*, sin valerse de armas prohibidas ni de medios reprobados. No se ha de hacer daño en las tierras, sembrados y edificios del enemigo, no habiendo grande necesidad, y, en todo caso, se han de respetar las personas que no lleven armas, ancianos, mujeres, niños. Tambien se debe socorrer á los heridos del campo contrario y tratar humanamente á los prisioneros, etc.

guerra como un hecho social inevitable, por doloroso y bárbaro que sea, pues muchas veces no hay otro remedio que apelar á las armas cuando una nacion se ve atacada en sus derechos legítimos y tiene que defenderlos. Siendo, pues, el mal inevitable, miéntras los hombres no sean justos, se debe procurar que sea lo ménos posible, en su ejecucion, en sus aplicaciones y en sus efectos, y áun sacar de él algunos bienes. Ahora bien, ¿quién puede resolver mejor este problema, el principio católico, el principio protestante ó el principio indiferentista? ¿Quién es, por consiguiente, más eficaz auxiliar de la civilización? Dado que exista la guerra, ¿quién puede ejercer más provechosa influencia en ella respecto al individuo y á la sociedad? La respuesta no puede ser dudosa.

Basta recordar de qué modo se hacían las guerras en la antigüedad, y el número de ellas, y cómo eran tratados los vencidos. La historia nos dice que la guerra se hacía á sangre y fuego, exterminando cuanto hallaba á su paso, arrasando ciudades, inmolando sin distincion á sus habitantes y destruyendo los imperios. El vencedor no reconocía ninguna ley ni freno, y saciaba su ira y su venganza en los vencidos. «Los males que siguen á la toma de una ciudad, decía Homero, los hombres son pasados á cuchillo, la ciudad incendiada y arrasada, y las mujeres y niños condenados á esclavitud.» Era un derecho incontrovertible dar muerte á los prisioneros, ó los crucificaban, ó los arrojaban á las bestias en el anfiteatro, ó los traían encadenados para celebrar el triunfo del vencedor afortunado, despues de lo cual, muchos eran estrangulados, y otros reducidos á esclavitud, como una gracia especial. Así es, que se peleaba hasta la desesperacion, y la matanza en las batallas y despues de ellas era horrorosa. Todavía estremece la lectura de los sitios de Jerusalem, de Cartago, de Numancia, los degüellos de la guerra en el Epiro, y, posteriormente, las devastaciones de los bárbaros del Norte. Además, la guerra era como un estado permanente. El templo de Jano en Roma siempre estaba abierto en tiempo de guerra; no se cerró sino por tres veces en el espacio de setecientos

veintiseis años, y aún esas veces fué muy corto el tiempo de paz. Todos los hombres aptos para el manejo de las armas eran soldados, y así se explica que se formasen ejércitos tan formidables y numerosos, y que pereciesen tantos miles de hombres en una sola batalla.

No fueron así las guerras cuando las naciones se hicieron cristianas. Es cierto que también éstas tuvieron, unas con otras, guerras encarnizadas; pero distaron mucho de ser tan sangrientas como las del paganismo, y desde luego cesaron las violencias y crueldades supérfluas, que nada podían contribuir para el éxito de las operaciones militares. Aun para los que se mostraron más humanos en la antigüedad, como un César, un Germánico, consistía el heroísmo en degollar cruelmente á todo el que era enemigo; pero apenas se hizo cristiano Constantino, prometió dinero al soldado por cada enemigo que le presentaran vivo (1). Ya hemos visto á la Iglesia destinar sus tesoros y su influencia para el rescate de los prisioneros de guerra y para aliviar su triste situación. No fué poco hacer respetar la vida del vencido.

Como consecuencia de esto, fueron prevaleciendo en la guerra las leyes del honor y de la humanidad. Las mujeres y los niños fueron respetados, las ciudades no fueron aradas y sembradas de sal, los heridos fueron curados caritativamente, no se insultó al vencido ni se abusó de su desgracia, y se gravó altamente en los corazones de los combatientes que todos eran hermanos y que se tratasen como tales. Como si esto no fuese suficiente, se recordaba incessantemente aquel sublime consejo del Evangelio: *Amad á vuestros enemigos*; y esto no podía menos de mitigar la crueldad de las guerras entre soldados cristianos. En la Edad Media disminuyeron los horrores de las guerras con *las treguas de Dios*, que fueron el fundamento de los armisticios, aceptados en lo sucesivo por todas las naciones. Aquella suspensión de hostilidades, aunque por tiempo limitado, era muy eficaz para moderar el furor de los com-

(1) Cantú, loc. cit., al fin.

batientes, calmar la cólera y facilitar las negociaciones de paz (1).

Y, sobre todo, la Iglesia supo introducir la caridad en la guerra, enviando á los campamentos á sus *hermanas de la caridad*, ángeles de paz, que curan á los heridos y consuelan los últimos momentos de los moribundos.

Además, todo el mundo sabe que la Iglesia, según la doctrina de Jesucristo, ha aborrecido siempre las guerras, ha hecho cuanto ha podido por impedir las, y las ha lamentado por boca de todos sus órganos, como ya queda insinuado. Si sus predicaciones no pudieron impedir todas las guerras, ¿quién duda que á lo menos contribuyeron á disminuir su ferocidad? Ella no pudo hacer más en esta parte. Para que hubieran concluido por completo las guerras, era preciso que no hubiera habido naciones infieles, que todo el mundo se hubiera hecho católico, y en este caso, que todos hubieran seguido fielmente la doctrina que la Iglesia enseña, y hubieran escuchado sus exhortaciones de paz.

No siendo esto posible, y dado caso que exista la guerra, el principio católico sabe sacar bienes de este mal, que no puede evitar, y sabe formar virtudes de este drama sangriento, en que parece que todo es vicio. Por el contrario, el protestantismo y el indiferentismo no saben más que agravar los males de la guerra y atizar las malas pasiones que la fomentan, como veremos después.

El principio católico, por sí solo, forma soldados mejores que las ordenanzas más severas. La disciplina no es para ellos una esclavitud, un yugo insostenible, es un deber de conciencia; su obediencia á los jefes es digna y espontánea, no servil por el temor del castigo, única razón de la ordenanza materialista; su fidelidad es grande, porque la religión les enseña que son los defensores de la patria y el sosten de la autoridad, al paso que el soldado sin religión no es más que el brazo del despotismo, el instrumento de la fuerza. De aquí los frecuentes pronunciamien-

(1) Véanse Ducange, en las palabras *Tregua Dei*, *Confratria Dei*, etc.

tos por un miserable grado; de aquí es que su espada está siempre á disposicion del mejor postor, como sabe por desgracia todo el mundo. De aquí la relajacion del ejército, que se ha envilecido más que los antiguos pretorianos.

El Catolicismo realza y santifica el valor militar, ensañando á despreciar el peligro y quitando el temor de la muerte. ¿Quién no recuerda las legiones mártires, *Tebea* y *Fulminante*, honra de la milicia romana y del martirologio católico? (1) ¿Quién ignora cuántos mártires dieron á la Iglesia las cohortes de Roma? Los antiguos apologistas se gloriaban de que los cristianos eran los mejores soldados del imperio, valientes, sufridos y disciplinados. El soldado católico halla en su religion los motivos más eficaces para excitar su entusiasmo y su valor, y aquellos estímulos de las acciones grandes que forman el carácter del héroe. La religion bendice las banderas bajo las cuales marcha, le fortalece con sus sacramentos y con sus esperanzas, pone sobre su pecho la medalla sagrada ó el escapulario bendito y le guía al combate en nombre de Dios. Si muere le presenta como una víctima generosa de la pátria, celebra su memoria y ofrece sufragios por su alma. Así es, que el soldado marcha decidido y animoso, sabiendo que mientras él combate, se ruega por sus victorias en todos los Templos de la pátria, y que si perece en la lucha, será llorado con lágrimas sinceras y conseguirá la inmortalidad; no la inmortalidad de la fama, que es una estúpida quimera (2), sino la que nos enseña la fe. ¿Pueden hacer otro tanto el protestantismo ó el indiferentismo, el primero negando el culto y los sacramentos, y el segundo tal vez la misma inmortalidad del alma? Los ejércitos de éstos pueden tener á lo

(1) Palma, *Orat. Hist. Eccl.*

(2) ¿Quién sabe el nombre, no digo de un soldado oscuro, sino de los generales más famosos, por grandes que hayan sido sus hazañas? Aun los que han conquistado un puesto en la historia, apenas serán conocidos de algun erudito. Solo la religion sabe immortalizar el nombre de sus héroes, poniéndolos en los altares.

sumo el valor cívico, pero les falta su principio vivificante, la fe (1).

Mas, ¿qué será si la guerra tiene por causa la religion? Para saber lo que puede en esta parte el espíritu católico, no hay más que pronunciar una palabra, *las cruzadas*. Doscientos años seguidos estuvo combatiendo contra los infieles la Europa entera, como un solo hombre, por defender su fe amenazada y rescatar el sepulcro del Señor y los lugares sagrados en que se verificó nuestra redencion (2). El entusiasmo con que se emprendieron estas guerras sagradas excede á toda ponderacion, y cualquiera pintura que se pretenda hacer de él será siempre pálida é inferior á la realidad. A la voz de un pobre Ermitaño se conmueve y se agita la Europa; cesan de repente todas las guerras particulares que la devoraban, y se realiza uno de los movimientos más gigantescos que registra la historia (3). Los Papas protegieron y alentaron con todas sus fuerzas este movimiento, y de ello pudo congratularse la causa de la civilizacion europea (4).

(1) Véanse las pastorales de los Sres. Obispos con motivo de nuestra gloriosa campaña en Africa en 1859, y en especial la del Ilmo. Sr. Patriarca de las Indias, al ejército, y la del Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona. *La Cruz*, tomo II, de 1869.

(2) Empezó la primera cruzada en 1096 y terminó la octava y última en 1270.

(3) El entusiasmo llegó á tal extremo, que en 1216 se formó una cruzada de algunos centenares de niños que, dejando la casa paterna, se pusieron en camino para Tierra Santa. Estas sencillas tropas fueron víctima de los malvados, ó perecieron en el camino; siendo muy pocos los que volvieron á sus casas.—Henrion, *Hist. Ec.*, lib. XXXIX, núm. 47.

(4) Las cruzadas son una de las victorias más bellas del cristianismo, porque se vió en ellas á los descendientes de los bárbaros del Norte, animados de un espíritu de conquista enteramente opuesto al de sus antepasados, abandonando sus bienes, sus tierras, sus familias, y, en una palabra, todo cuanto el hombre ama y desea, para realizar á costa de las más duras privaciones, de las más rudas pruebas, y de la más completa abnegación, una grande y

Sin embargo, las cruzadas han sido objeto de una crítica mordaz de parte de algunos enemigos de la Iglesia, y, por lo tanto, debemos apuntar algunas razones en su defensa.

Las cruzadas no fueron guerras *injustas*:

1.º El emperador Alejo Commeno, amenazado por los sarracenos, pidió el auxilio de los príncipes cristianos para defenderse de ellos. ¿Hay alguna injusticia en que los príncipes se aliasen con él para ese objeto? ¿Faltaron en algo al derecho natural y de gentes? Temeridad sería afirmarlo.

2.º Toda Europa debía temer los ataques de los sarracenos, que no disimulaban sus intentos de conquista. ¿Quién se atreverá á decir que no fué justo adelantarse á rechazarlos?

3.º Los sarracenos se apoderaron de la Tierra Santa por una guerra injusta en su principio. Y, ¿no había de ser justo tratar de arrebatárles lo que injustamente ocupaban?

4.º Ellos causaban mil vejaciones á los súbditos de los príncipes europeos que iban á los Santos Lugares. ¿No debían estos protegerlos y vengarlos?

5.º Si es lícito y justo emprender una guerra por la fortuna, por la pátria, por los intereses amenazados, ¿lo sería ménos por defender la religion?

Las cruzadas no fueron expediciones *temerarias y perjudiciales*. Preciso es ignorar por completo la historia para atreverse á sostener esto. Por el contrario, es indudable que produjeron innumerables bienes; unos ya previstos al emprenderlas, y otros que, sin ser previstos, provinieron naturalmente de ellas:

1.º Para seguridad de la Europa era necesario sostener el imperio griego, último antemural del cristianismo en Oriente, y las cruzadas contribuyeron á retardar su caída casi tres siglos, con lo cual se evitaron en lo sucesivo las invasiones musulmanas.

2.º Las cruzadas fueron la causa de que terminasen las fecunda idea cristiana (y política). Alzog., *Hist. Ec.*, tomo III, párrafo 216.

guerras civiles que á la sazón desolaban y destruían los Estados de Europa. El que conozca la historia de aquella época sabrá apreciar como es debido este beneficio. Reconciliados los señores feudales, marcharon juntos á Palestina, llevando consigo la multitud de bandidos y vagamundos asalariados, que ántes servían á quien mejor les pagaba y de los que se valían para hacerse la guerra mutuamente.

3.º En consecuencia, los grandes vasallos de la corona se vieron obligados á ceder sus derechos y vender sus patrimonios para atender á los gastos de una guerra tan lejana, con lo cual volvieron á la corona los dominios que la habían usurpado estos señores, y en lo sucesivo fueron ménos turbulentos y ménos dispuestos á rebelarse; la política se restableció con el poder de los reyes.

4.º Por esto mismo se fundó la libertad civil, pues por una parte se concedieron franquicias á los siervos, y los que se alistaban desde luégo para la cruzada, eran desde luégo manumitidos, y, por otra, á medida que disminuyó la preponderancia de los nobles, la fueron adquiriendo los comunes y los consejos.

5.º Además de estas ventajas, resultaron otras que no se esperaban, y que probablemente apreciarán más los filósofos modernos. Tal fué el vasto desarrollo del comercio, en los pueblos de Italia sobre todo, que se enriquecieron muy pronto con los géneros de la India, cuyo primer mercado era ántes Constantinopla. Europa recobró con creces las sumas gastadas en las cruzadas (1).

6.º La marina se perfeccionó notablemente, acostumbrando á los pueblos á lanzarse á grandes empresas marítimas y ocasionando la invención de la brújula. A las cruzadas se deben los progresos que hicieron en la navegacion los italianos, venecianos, florentinos, y, despues de éstos, los otros pueblos de Europa.

(1) Esto es tan evidente, que ha habido quien sostenga que el interés comercial tuvo más parte en las cruzadas que la misma religion. Véase el tomo LXVIII de la *Acad. de las inscripc.*, pág. 429.

7.º Provino también de las cruzadas el progreso de la industria, de las artes y de las ciencias. Los europeos adquirieron el buen gusto asiático y la cultura de los griegos, y se suavizaron en gran manera sus costumbres feroces. Desde entonces se empezaron á establecer manufacturas, se poblaron las ciudades, se aumentaron sus recintos, se construyeron fuentes públicas y diques, y se levantaron esos atrevidos monumentos de arquitectura que todavía admiramos. La medicina, hasta entonces imperfecta y casi sin principios, se enriqueció con los conocimientos de los árabes, muy adelantados en esta ciencia; perfeccionáronse las lenguas europeas; hiciéronse más comunes los libros, y el gusto al estudio se fué desarrollando insensiblemente.

Se dirá que murieron en ellas dos millones de hombres; pero hay que tener presente que fué en el espacio de doscientos años, que los mismos hubieran muerto en las guerras civiles, y en la social que se preparaba, y que aquellos hombres eran el azote y el terror de sus respectivas naciones. Se gastaron en ellos sumas inmensas; pero fué para recobrarlas mayores. Se enriqueció el Clero, recobrando sus bienes usurpados por los señores, pero esta riqueza fué causa de que se perfeccionase la agricultura. Se arruinó la nobleza; pero se formó la clase media, y mejoró la condición del pueblo. Se aumentó el poder de los Papas; pero se debilitó el de los mahometanos, que era hártó más temible y peligroso (1).

«¿Qué importan, pues, dice Balmes, algunas declamaciones en que se afecta interés por la justicia y la humanidad? Nadie se deja deslumbrar por ellas. La filosofía de la historia, amaestrada con las lecciones de la experiencia y con mayor caudal de conocimientos, fruto de un más detenido estudio de los hechos, ha fallado irrevocablemente la causa, y en esto, como en todo lo demás, la religion ha salido triunfante en el tribunal de la filosofía. Las cruzadas, léjos

(1) Véase Palma, ex sæc. 11, caps. 6.º y 7.º—Bergier, *Diccion. Teol.* art. *cruzadas*.—Valentin, *Abroge de l'histoire del Croisades*.—Cantú, época 12, cap 18.

de considerarse como un acto de barbárie y de temeridad, son justamente miradas como una obra maestra de política que aseguró la independencia de Europa; adquirió á los pueblos cristianos una decidida preponderancia sobre los musulmanes; fortificó y agrandó el espíritu militar de las naciones europeas; les comunicó un sentimiento de fraternidad que hizo de ellas un solo pueblo; desenvolvió en muchos sentidos el espíritu humano; contribuyó á mejorar el estado de los vasallos; preparó la entera ruina del feudalismo; creó la marina, fomentó el comercio y la industria, dando de esta suerte un poderoso impulso para adelantar por diferentes senderos en la carrera de la civilización» (1).

Dicho esto en defensa de las cruzadas, volvemos á nuestro propósito y preguntamos: ¿Quién sino el espíritu católico puede ser capaz de comunicar este movimiento colosal á toda Europa? ¿Quién pudo animar aquel ardor belicoso, y encauzar el génio guerrero de la Edad Media hácia la verdadera civilización? ¿Podrá nunca el protestantismo ó el materialismo producir una obra semejante? ¿Podrá sacar de la guerra tales ventajas? ¿Podrá formar tales guerreros?

Y todavía se ve mejor esta influencia del Catolicismo sobre el génio militar en la institucion de aquellas Ordenes religiosas militares, que fueron como la continuacion de las cruzadas, y cuyos individuos eran á un mismo tiempo Frailes y caballeros, Monjes y soldados. Estos reunian en su persona aquellas cualidades que forman el tipo perfecto del guerrero: valor, generosidad, nobleza, lealtad y religion.

San Bernardo pintó el carácter de estas Ordenes en una elocuente página: «Próxima la batalla, dice, se arman por dentro de la fe, por fuera de hierro, no de oro, para intimidar á los enemigos y no excitar su codicia. Despues no marchan turbulentos ó precipitados, sino con gravedad y

(1) *El protestantismo, etc.*, cap. 42.

mucha cautela; se ordenan con prudencia y disponen sus filas en orden de batalla, segun el consejo de la Escritura: *Veri profecto Israelitæ procedent ad bella pacifici...* Mas cuando empieza la refriega, dejan su anterior mesura, se arrojan impetuosos contra los adversarios, reputan como ovejas á los enemigos, y aunque ellos sean muy pocos, no temen, ni la fiera barbarie de los contrarios, ni su grande multitud. Porque saben no presumir en sus propias fuerzas, sino esperar la victoria del auxilio del Señor, al cual es fácil, segun la sentencia de los Macabeos, *que los pocos vencen á los muchos, y no hay diferencia respecto de él, en salvar con muchos ó con pocos, porque no está la victoria en el número del ejército, sino que del Cielo viene el valor.* (I. Mac. III, 18.) Finalmente, por una singular maravilla, parecen á un tiempo más mansos que corderos y más valientes que leones; de modo que dudo cómo debo llamarlos, Monjes ó soldados, á no ser que con más propiedad los llame uno y otro, pues nada les falta, ni la mansedumbre del Monje, ni la fortaleza del guerrero» (1).

Basta recorrer someramente la historia, para conocer los importantes servicios que estas Ordenes prestaron á la sociedad. La Orden de Malta protegía en el Oriente el comercio y la navegacion que empezaba á florecer, y durante más de un siglo, fué el único baluarte que impidió á los turcos arrojarse sobre la Italia. La Orden Teutónica, subyugando en el Norte los pueblos errantes de las costas del Báltico, apagó el volcan de aquellas terribles erupciones que tantas veces desolaron la Europa, y dió tiempo para propagar la civilizacion, y preparar esas nuevas armas que defenderán para siempre de los Alaricos y los Atilas. Las Ordenes Militares de España, peleando sin tregua contra los moros, debilitaron su poder, aseguraron la independencia de la pátria, y evitaron á Europa terribles catástrofes.

Los caballeros cristianos reemplazaron ejércitos regulares, pues formaron una especie de milicia reglada, que

(1) *In exhortat. ad Templarios.*

marchaba á donde más inminente era el peligro. Los reyes y barones, obligados á dar las licencias á sus vasallos, al cabo de algunos meses de servicio, habían sido sorprendidos muchas veces por los bárbaros, que sabían aprovechar toda favorable coyuntura; y lo que ni la experiencia ni el talento alcanzaran, lo ejecutó la religion, asociando unos hombres que juraron en nombre de Dios derramar su sangre en defensa de la pátria. Viéronse entónces libres los caminos, purgadas las provincias de los malhechores que las infestaban, y los enemigos exteriores encontraron un inexpugnable baluarte en que se estrellaron sus esfuerzos y ambiciones (1).

Poco á poco se fué extendiendo por Europa el espíritu de la caballería, profesada por los particulares, que dió origen á tantas leyendas de la Edad Media. No había noble que no pretendiera ser armado caballero, y no procurara portarse en todas sus acciones como tal. Desde entónces tomaron las guerras un carácter notable de moderacion, pues los caballeros hacían alarde de generosidad y de nobleza, tanto durante la batalla, como despues de ella con los heridos y prisioneros.

La caballería era una mezcla de devocion, de galantería y de valor. El caballero hacía voto de defender la religion y de preferir el bien público al interés particular; se consideraba como un santo y como un héroe; y hubiera mirado como una infraccion imperdonable de las leyes de caballería el abandonar al débil ó al afligido, á la viuda ó al huérfano, y no estar pronto á derramar su sangre en defensa de la inocencia y de la virtud. Él tenía la urbanidad como un deber y procuraba adquirir gracia en sus modales y elegancia en sus costumbres. Jamás manifestaba una alegría indecente en sus victorias, ni insultaba á los vencidos, y atribuía su fortuna, no á la superioridad de su valor, sino á la voluntad del Cielo, realizando su gloria por una generosa compasion y una constante magnanimidad. Tal fué

(1) Véase Chateaubriand, *Génio*, part. 4.^a, lib. V.